

Guión evidente, argumento ineludible

Hay hechos que por su importancia son motivo de análisis: su permanencia en el tiempo y el espacio se prolonga hasta que otros de mayor relevancia los hace devenir hacia el olvido colectivo, o bien su categoría de únicos los sitúa en las páginas de la historia. Hay cosas que ocurren cada día, sin por ello dejar de ser importantes, y a las que apenas se presta atención sólo porque se repiten con frecuencia. Y entre las primeras y las segundas existe otra categoría: la de esos sucesos que irremediablemente ocurren y que, en algunos casos, no se deben pasar por alto.

En este Editorial hay que hablar de todas y cada una de esas categorías porque todas ellas confluyen en estas páginas de *Cuadernos de Jazz*. Entre las ya históricas cabría, por ejemplo, el artículo dedicado a tres bateristas de la orquesta de Count Basie; y el que se refiere a esas composiciones musicales que han alcanzado la clasificación de estándares, en esta tercera entrega referido al tema *Body and Soul*. Entre las cosas más habituales, se podrían citar las secciones fijas de la revista, aún cuando sus contenidos nunca están marcados de antemano, y que aglutinan una parte importante de los factores cantidad-actualidad.

La tercera categoría que se cita corresponde a los hechos históricos que nos son contemporáneos, que llegan sin que nadie pueda mediar en su desenlace. Tres pérdidas importantes han hecho que en este número de la revista haya que decir adiós al maestro

Dizzy Gillespie, aunque su presencia en estas páginas será frecuente, porque su música, su recuerdo y su persona, al contrario que las cenizas, no se van a desperdigar fácilmente. La segunda despedida es para George Adams. Tantas veces le hemos visto tocando ahí mismo, en los escenarios que forman (casi) parte de nuestro habitáculo, que a partir de ahora será "como si tardase en volver" o "como si no llegasen sus grabaciones nuevas". La más dolorosa y cercana de estas pérdidas ha sido la de David H. Rosenthal. Sus trabajos nos han hecho amar y respirar aún más la atmósfera del jazz, por la vía en que la literatura puede llegar a ser sonora.

Pero el contenido de este número tiene tanta o más vida que cualquiera de los anteriores, porque cuenta y habla de aquello que perdura, y en estos tres casos de ausencia irremediable hay lugares coincidentes —los de la música—, espacios plenamente habitados —los del arte—, y legado suficiente como para disfrutar de sus respectivas obras durante largo tiempo.

No hay ánimo ni intención de hacer necrología en los trabajos dedicados a ellos, por el contrario conviven en armonía con los demás textos que incorpora esta edición

de *Cuadernos de Jazz*. Incluso con las páginas dedicadas a *La Música como Literatura*, un compendio de trabajos que tienen su fundamento claramente planteado en las líneas iniciales de presentación, y que muestran una parte de la filosofía que ha mantenido la revista: dar cabida a lo real y a la ficción; respetar y apoyar el acto de creación, siempre que la música esté presente.

Esta pluralidad de contenidos, con sus variaciones y coincidencias, han hecho, por primera vez en casi tres años, hablar de ello en esta página.

Cuadernos de Jazz